

TESTIMONIOS HOSPITALARIOS

A painting depicting a group of nuns in a procession. They are wearing dark, long habits and white veils. Many of the nuns are holding long, white candles, which are lit, creating a warm, golden glow. The background is a textured, reddish-brown color, suggesting an outdoor setting. The overall style is somewhat impressionistic, with visible brushstrokes and a focus on light and color.

*Sor Maria Bernardete
Engrácia de Miranda*



***“Apasionada de Dios, de la intimidad con Jesús,
la oración y la vida espiritual”***

**Maria Bernardete Engrácia de Miranda (1948-2010)
Hermana Hospitalaria del Sagrado Corazón de Jesús**



- 1. Rasgos Biográficos y vocación**
- 2. Saber intelectual y sabiduría del corazón**
- 3. A los jóvenes les gustaba**
- 4. Misión hospitalaria fecunda**
- 5. Una enfermedad sin tregua**
- 6. Amor a Dios y al carisma**
- 7. Junto a Dios**

1. Rasgos biográficos y vocación

Maria Bernardete Engrácia de Miranda nació el 17 de diciembre de 1948 en Curvos, una pequeña parroquia del municipio de Esposende, al norte de Portugal. De familia tradicionalmente católica, aprendió y vio reflejados en su casa los valores de la honestidad, el respeto y la ayuda mutua. En la catequesis y en la vida de la parroquia trazó su camino de fe, en una adolescencia alegre y armoniosa. Hizo justicia a su nombre, Engrácia «en la gracia (del Señor)», al abrir su corazón al don de Dios que fue percibiendo en su vida. Después de la educación obligatoria, a los 14 años, completó su formación y decidió su vocación en el “Colégio das Teresinhas” que la Congregación tenía en aquel momento en Braga.



“Dete (diminutivo familiar) ¡no seas inocente! Las hermanas no necesitan saber todo. ¡Sé lista!”

“¡Oye! ¿Por qué? No tengo nada que esconder, puedo decir siempre la verdad, mostrar todo lo que quiero y lo que siento. Al final, quiero ser monja, quiero cuidar a los enfermos...”

Después del postulante en Idanha, hizo también allí el noviciado, entre octubre de 1966 y 1968. Durante cinco años, reafirmó su vocación, expresada en la renovación alegre y jubilosa de los votos religiosos. Ese día fue una auténtica fiesta para ella. No lo podía ocultar. El 16 de septiembre de 1973 hizo su profesión perpetua en Ciempozuelos.

Mujer humilde y simpática, mostraba una certeza vocacional que parecía no haberse cuestionado nunca. Era buena compañera, colaboradora y servicial. Siempre estaba dispuesta a ayudar o sustituir a alguien que no podía o no quería realizar sus tareas. Con naturalidad, sencillez y discreción...

2. Saber intelectual y sabiduría del corazón

Tenía una sencillez fuera de serie. No era altiva ni parecía especialmente inteligente, pero su corazón era una hoguera ardiente de compañerismo, fraternidad y alegría contagiosa.

Durante sus primeros años de formación, asistió a un curso de iniciación para catequistas y, posteriormente, hizo un curso de enfermería psiquiátrica en la escuela de la “Casa de Saúde da Idanha”. Después de esta formación, compaginándolo con el ejercicio de la misión hospitalaria, continuó ampliando sus estudios.



Siempre fue curiosa, le gustaba saber sobre todo lo relacionado con la psiquiatría. "Si conocemos el comportamiento de las enfermedades y la forma de tratarlas, entonces, los enfermos podrán contar y confiar en nosotros", decía.

¡Mira que el curso es difícil! No se trata solo de saber las cosas de memoria, después es preciso ponerlas en práctica de la forma adecuada.

¿Y para qué estudiamos? ¿No es realmente para saber cómo actuar? Yo, por mi parte, quiero prepararme lo mejor posible. ¡Los enfermos se merecen mi esfuerzo! añadía.

Entusiasta del conocimiento, se entregó con la máxima dedicación al cuidado de los enfermos. La querían mucho porque nunca se alteraba, era bondadosa y compasiva.

Cuidaba de ellos como hijos o hermanos. O, más bien, como «imágenes de Jesús».

"Viví con ella en Madeira. Bernardete era excepcional. Habiendo llegado más tarde que yo, me daba lecciones sin tener la intención de hacerlo. Fue un ejemplo para mí. Se ofrecía para cualquier cosa que hubiera que hacer y después siempre encontraba la forma de colaborar. Siempre estaba sonriente y de buen humor, transmitía virtud y santidad..."

"Cuando alguna cosa le costaba o le hacía sufrir, decía espontáneamente a media voz: «¡He aquí la sierva del Señor!», y seguía tan feliz como antes. Me invitaba a hacer lo mismo. Muchas veces compartimos nuestras dudas y pequeños sufrimientos. Tenía mucha fortaleza de espíritu y siempre me animaba a seguir adelante".

Aunque no estaba obsesionada por participar en todo lo que surgía, se interesaba tanto por la formación humana y profesional, como por la espiritual y carismática.

3. A los jóvenes les gustaba

En 1979, Bernardete entró a formar parte de la comunidad de Braga (Portugal) donde trabajaba como enfermera en el centro de salud y se encargaba de desarrollar la pastoral juvenil vocacional, que la provincia había comenzado a organizar hacía dos años. Hay hermanas que afirman que fue un honor haber conocido con ella en el "campo de trabajo", en el verano de 1986. Algunas de sus palabras:



“Guardo en la memoria la imagen de una persona muy sencilla, muy cercana, muy atenta, moderadamente activa y creativa en su forma de llevar las cosas, con sentido y conciencia de hacer el bien. Cuidaba la estética y la belleza de las cosas que se relacionaban de forma directa e indirecta con Dios”.

“Yo no entendía nada de lo que significaba vivir una vida entregada a la hospitalidad, pero ya en ese momento me di cuenta de que los grandes hombres y mujeres se hacen a partir de una respuesta fiel, coherente y con sentido de comunión con todo un cuerpo. Cada una contribuye a su riqueza, a pesar de las diferencias: eso es lo que percibí en la hermana Bernardete”.

“Durante el campo de trabajo, «siempre jugué a la defensiva» porque no quería admitir que Dios me llamaba a la vida hospitalaria. La hermana Bernardete tenía una presencia atenta y, al mismo tiempo, muy discreta y respetuosa. Supo mantener una distancia justa de apoyo y acompañamiento, adaptada al proceso que yo iba siguiendo. Fue una facilitadora de gracia hasta que admití la posibilidad de dar a mi vida otra orientación. No recuerdo mucho sus palabras, pero sí consigo ver todavía hoy esa mirada acogedora, esa sonrisa comprometida, como la hermana más anciana a quien las cuestiones de los demás no resultan indiferentes”.



“Tenía un humor fino y delicado. En una ocasión en la que coordinaba un campamento de vacaciones, reprendió enérgicamente a un grupo de jóvenes que, en su opinión, no estaba colaborando como debía y dijo: «Voy a rezar y ver qué me dice el Señor, si continuamos o terminamos ya el campamento.» Al final del día, una de las jóvenes (hoy hermana



hospitalaria), con aire inocente y mucha voluntad de continuar la experiencia, se acercó y le preguntó: «¿Nuestro Señor ya le ha dicho algo?» Ella apenas pudo contener la sonrisa, recibiendo con agrado la intención de la joven. Fue ella misma la que contó lo sucedido a la comunidad, compartiendo anécdotas de la pastoral”.

En el periodo más grave de su enfermedad, había jóvenes que la visitaban y la llamaban por teléfono, se sentían bien hablando con ella. Sin embargo, una de ellas la visitaba con frecuencia, decía que su presencia le pacificaba y le daba ánimo para enfrentarse a la vida. No necesitaba escuchar muchas palabras, le bastaba ver su sonrisa y contemplar su paz y su serenidad en medio de tanta limitación. Cuando ya podía moverse menos, escribía cartas a las jóvenes, las animaba a crecer fuertes y comprometidas con Jesús”.

Cuenta una hermana que pasó un tiempo previo al postulantado en Braga y la hermana Bernardete era su acompañante: *“Éramos un grupo de ocho jóvenes. Recuerdo su atención a cada una de nosotras, su acogida. Destacaba por su sencillez, su laboriosidad, su alegría de vivir y por lo que compartía. Le gustaba especialmente la música y nos enseñaba a cantar bien para enriquecer los momentos de oración comunitaria. Se identificaba completamente con la vocación hospitalaria y con la misión, siendo muy cercana y cariñosa con los enfermos, eso atraía y se contagiaba”.*

Muchas jóvenes contactaron con ella y su testimonio de alegría vocacional fue patente para todas:

“Tuve relación con Bernardete cuando hice el noviciado (1987-1989), ya que trabajaba conjuntamente con la directora de novicias. Siempre la vi muy atenta a todas, pero sin interferir directamente. Cuando creía que debía corregirme alguna cosa menos buena, lo hacía de una forma delicada y a solas, apelando a los valores de la vida religiosa. Era pacífica y pacificadora”.

“Siendo yo juniora, colaboré con Bernardete en las actividades de pastoral juvenil vocacional en Braga, entre 1991 y 1994. Se notaba el gusto con el que trabajaba en esa área. Ponía mucho interés en todo; mostraba ser una hospitalaria feliz. Tenía mucho entusiasmo y, siempre que podía, participaba y colaboraba en las actividades pastorales de la diócesis”.

4. Misión hospitalaria fecunda

Son frecuentes los testimonios que hablan de su amor por los enfermos, de su disponibilidad y compasión con todos. Cuenta una hermana, con quien vivió en la comunidad de Madeira, que era la primera en llegar al servicio. Alimentaba una especie de «santa rivalidad» para ver quién servía más y mejor.

Como enfermera hospitalaria, tenía un celo manifiesto por las cosas de los enfermos, así como por la limpieza y la decoración de los espacios reservados a las mismas. Tenía una

forma especial de apaciguar las discordias, calmar los ánimos y crear buen ambiente. Esa era su casa. Siempre fue así, mientras pudo servir.

Incluso cuando se vio gravemente afectada por la enfermedad, no dejó de ser un verdadero ejemplo de servicio y dedicación a las hermanas, a la comunidad y de aceptación de los propios límites, que consiguió superar con paz y serenidad hasta sus últimos días.



Un día, ya en la residencia de las hermanas ancianas, en Condeixa, la joven que la visitaba regularmente la llevó a una unidad asistencial para que pudiese visitar a los enfermos. En un momento determinado, la joven la perdió de vista. Preocupada, la buscó en salas y pasillos, finalmente la encontró dando de comer a una enferma incapacitada. Este gesto emocionó mucho a la joven, que conocía las limitaciones físicas que ya padecía, pero también el dinamismo vocacional interior que la mantenía en pie.

¿Sabes?, ahora la misión es diferente, me confió un día en que la visitaba, pero tiene el mismo sentido. Ahora ya no puedo ayudar a los enfermos y yo misma necesito ayuda. Pero, si esta es la voluntad de Dios, está bien así. ¡Estoy contenta! Dios me dio la vida, la vocación, la fe, las hermanas...

Luchó contra su enfermedad con todas sus fuerzas, sin darle tregua, para servir mejor a la Congregación. Cuando la enfermedad dio señales de haber venido para quedarse y crecer, ella que nunca había estudiado música, comenzó a tocar el órgano. "Por lo menos podré hacer alguna cosa buena para ayudar en la liturgia", decía. Y aprendió, por sí misma, lo suficiente para animar las celebraciones y enseñar los cánticos religiosos.

Cuando las hermanas en la residencia le decían que ya estaba bien, que no necesitaban ensayar todos los días, que se sentase porque no podía mantenerse de pie, ella respondía, con humor *“¿Dónde se ha visto una profesora sentada? Las cosas para Dios tienen que ser perfectas”* y comenzaba otro cántico nuevo.

5. Una enfermedad sin tregua

Era joven, soñaba con vivir mucho y dar a la misión hospitalaria mucha savia nueva. Pero no pudo ser así. Entre finales de 1973 y principios de 1978, Bernardete formó parte de la comunidad de Madeira. Allí aparecieron los primeros síntomas de su enfermedad. Todavía no había cumplido los 30 años, vivió hasta los 62.

Los domingos después de la comida teníamos un tiempo de convivencia. Comenzamos a hacer ejercicios de gimnasia. En el suelo, boca arriba, teníamos que levantar la cabeza. Ella no podía, no tenía fuerza suficiente. Vimos que no era normal y comenzaron a estudiar su situación.

“¡Qué historia! Siempre fue así. Tengo poca fuerza, las manos también se cansan cuando cojo alguna cosa más pesada, pero no será nada”, decía.

Los primeros años de su enfermedad los pasó en Braga. Su forma de andar, medio desarticulada y demasiado vertical, llevaba a algunos a interpretar erróneamente su situación, atribuyéndole actitudes de vanidad y presunción, pero la rápida evolución de su enfermedad mostró otra cosa.

En 2003, se trasladó a la residencia de las hermanas ancianas, en Condeixa, siendo acompañada en su enfermedad por el Hospital de la Universidad de Coímbra. A pesar de los cuidados específicos, la enfermedad degenerativa avanzaba implacable, sin que nadie la pudiera parar. Tardó un tiempo en saberse de qué se trataba, pero el diagnóstico, algunas veces dudoso, acabó teniendo un nombre: «enfermedad de Pompe», con secuelas neurológicas graves.

El Dr. Negrão le propuso un tratamiento innovador, que aún no tenía resultados conocidos en nuestro país. Ese día ella no accedió, pero al día siguiente le dijo al médico *“me someto al tratamiento. Si no sirve para mí, podrán estudiar cómo puede servir a otros”*. Mejoró notablemente durante algún tiempo, pero la enfermedad continuaba y seguía su curso. Tenía serenidad y era luchadora.

Las hermanas con las que vivió, durante casi siete años, en la residencia no olvidan a quien consideraban persona extraordinaria.

Aunque estuviese reducida a un espacio pequeño, dependiendo de una botella de oxígeno, el andador y la silla de ruedas, nunca se lamentaba ni perdía la alegría y el buen humor. Ayudaba a algunas hermanas a usar el ordenador, a preparar las celebraciones litúrgicas, a decorar los tabloneros... Hacía encaje y bordó dos paños para nuestro altar.

Lo que más le gustaba era la liturgia: organizaba las celebraciones, animaba los cantos de alabanza, ensayaba y tocaba el órgano en misa... Tenía una capacidad especial para ponernos a todas a rezar. Tenía un gran amor por la vida en comunidad.



Al final de su vida, apenas conseguía moverse con el andador y la insuficiencia respiratoria se agravó, exigiendo tratamiento con oxígeno y BIPAP. Su último día transcurrió con normalidad, hasta que la encontraron sin vida en su habitación. Falleció de forma súbita e inesperada el 22 de octubre de 2010, dejando un gran vacío en la residencia de las hermanas ancianas.

6. Amor a Dios y al carisma

A la hermana Bernadete le apasionaba Dios, la intimidad con Jesús, la oración y la vida espiritual. Cuando ya no podía servir a los enfermos, dedicaba mucho tiempo a la oración personal que hacía, a veces, a través de la música que sonaba lenta en la iglesia vacía y a oscuras. Cuando ejercía el servicio de ministro extraordinario de la comunión, se podía ver la fe y la alegría que tenía en el alma, llevando el Cuerpo del Señor a los enfermos.

Ojeamos a escondidas unos apuntes de sus ejercicios espirituales de 2006 y nos emocionó contemplar su vigor espiritual. Todo respira amor apasionado, intimidad profunda y gozode pertenecer a Dios. En la oración inicial de esos días de encuentro especial con Dios, escribía:



***“Ven, Espíritu Santo, llena de luz y paz mi corazón.
Predispón mi interior para acoger en estos días Tu Palabra.
Que la semilla pueda germinar en frutos de buenas obras.
Acoger Tu Palabra como don.
Señor, los años van pasando. ¿Y yo soy más tuya?
Necesito Tu ayuda, sin Ti no soy nada [...].
¡Qué bueno es vivir en Tu casa, Señor, con mis hermanas!
Hazme sensible a sus necesidades”.***

Otro día escribió: *“El Señor me ha visitado con su perdón. Me ha dado dejado pacificada. He intentado abrirme a su amor. He sentido que me ha abrazado en su corazón de Padre. Me ha fortalecido con su amor para continuar mi camino....”*

De sus escritos recogemos sentimientos, actitudes, deseos y promesas de confianza total en Dios, abandono al corazón del Padre, entrega en las horas más difíciles. Incluso en la enfermedad, obtenía inspiración para la intimidad divina: *“Tengo menos capacidad respiratoria, rezo sola. Me gusta el silencio de mi habitación. El ventilador me sirve como música de fondo para rezar y estar con el Señor”.*

Casi no hay ninguna página en la que no cite a la Comunidad, el amor a las hermanas que le brotaba del amor a Dios. Y eso lo sentíamos todas.

Cuando la visitábamos en la residencia, nos animaba mucho a ser generosas con Dios en nuestra entrega, nos prometía terneros presentes en sus oraciones. Resultaba muy gratificante poder estar con ella, aunque fuera poco tiempo, porque salíamos de allí con otro ánimo para enfrentarnos a la vida.

Estando en Ciempozuelos, tuve el gusto y el privilegio de recibir una llamada telefónica suya, solo para saber si yo estaba bien y prometerme que me acompañaba y apoyaba con su oración y entrega. Cuando supe de su muerte, sentí que había ganado una intercesora en el cielo. No solo yo, sino todas las hermanas, porque en verdad, tenía un corazón grande y universal. Es una estrellita que me inspira a vivir con un entusiasmo creciente mi entrega consagrada a Dios.

Su oración daba frutos en el día a día, que se extendían a la comunidad y a su propia familia. El amor a Dios se transformaba en amor al prójimo. No dejaba de pedir: *“Haz que conserve, Señor, esta fuerza interior y que muestre alegría y buena disposición, ya que esa será la señal de que te amo y amo a los que viven a mi lado”.*

7. Junto a Dios

Al conocer su muerte, una hermana hospitalaria paisana de ella, dirigiéndose a sus familiares, escribió en el boletín de su parroquia "Rumo e Ação" (Rumbo y acción):

¡Ella ya está con Dios! ¡Qué feliz encuentro! Después de tanto sufrimiento, aceptado... por amor y con tanto amor. Para mí, siempre fue una hermana, muy amiga y muy confidente, una mujer de fe que me transmitía, a mí y a todas, mucha serenidad y esperanza. Siempre atenta y presente, ¡siempre sonriente y animada!

Las jóvenes y las más ancianas, todas las hermanas de la Comunidad y quienes vivían cerca la admiraban y sentían por ella un cariño muy grande.

Otra faceta que era muy característica de ella: el amor a las jóvenes de la Congregación y el empeño que tuvo siempre en rezar por las vocaciones y por los misioneros, sobre todo por las hermanas que están en países de misión. Fue precisamente en este mes dedicado a las misiones cuando el Señor, el "dueño de la mies", le ha llamado a su lado. Creo que ahora, más que nunca, el Señor la escuchará. Creo que ya la tiene a su lado, en la gloria, y que ella ya goza en plenitud de su amor infinito.

A pesar de su dolor, les invito a ustedes y a todos los parroquianos a dar gracias al Señor por su vida dedicada al servicio de los pobres y enfermos, por su donación silenciosa, por la forma de la que supo vivir el don de la caridad hospitalaria. Que ella junto a Dios interceda por nosotros.

¡La hermana Bernardete es una santa! Cuando entró en el "Colégio das Teresinhas" dijo en público que era eso lo que quería ser. Toda su vida fue un ejemplo de apertura y acción santificadora del Espíritu. Hoy vela por nosotros en el cielo.

"El testimonio sobre la Hermana Bernardete se ha escrito al ritmo de varias conversaciones. Muchas hermanas y personas que la conocieron, mientras estuvo sana y durante su enfermedad, hablan de ella con una nostalgia y estima especiales. Todas afirman que fue una de esas personas que marcan. Las palabras recogidas se ordenan y ofrecen, a través de este relato, como perlas de fraternidad".

Laurinda Faria, hermana hospitalaria.